

SEIS PATAS, DOS AMIGOS

Emilio Ortiz Pulido



Las mejores
historias de perros
y humanos de
todos los tiempos

m̄r

EMILIO ORTIZ

SEIS PATAS, DOS AMIGOS

mr̄

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Documentación: Paco Aguado

© Emilio Ortiz Pulido, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4669-6

Depósito legal: B. 963-2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

ÍNDICE

1. EL PERRO EN LA MITOLOGÍA, ENTRE LA CRUELDAD Y EL MIEDO	13
Mitología griega, guardianes y estrellas	15
Perro de color negro, leyenda negra	22
América. Guardianes de los caminos benditos o malditos	25
India. Los amigos de los dioses	27
Tailandia. Los abandonados y los temidos	28
China. Del Zodíaco a los hogares	30
Japón. De la crueldad al lujo	32
El budismo, una religión a cuatro patas	35
2. A TRAVÉS DE LOS SIGLOS	37
Alejandro, el lado sensible del guerrero insaciable	38
Simón Bolívar. Un niño, un perro y una amistad sin límites en el tiempo	40
Adolf Hitler. Blondi, el amor sin condiciones	42

Reino Unido y Gran Bretaña. Los reyes de palacio son peludos y tienen cuatro patas	45
Estados Unidos y Europa. Perros de portada	50
Científicos. Amor e investigación	55
Arte. Amistad e inspiración	57
3. PERROS Y TINTA, ESCRITO DE SU PEZUÑA Y LETRA	61
De fábula	64
<i>El coloquio de los perros</i> , tienen tanto que decir	67
Lord Byron. Cuanto más conozco al perro, más creo en la mejora del ser humano	69
Mark Twain, cuento de un perro	71
Jack London, comodidad, domesticación, libertad, lucha salvaje	72
Virginia Woolf, el mundo ante la mirada atónita de Flush	75
Helen Keller. Más allá del silencio, al otro lado de la oscuridad	77
Agatha Christie, perros con amor y misterio	80
Las columnas	85
Aquí no caben todos, pero me hubiera encantado	87
Paco, un camino de ida y vuelta con seis patas	88
4. PERROS DE CINE	93
Uggie, salvado por los pelos	94
Milo, un peludo tras la máscara	97
Pancho, la lotería le tocó a los dueños	98
Buddy, de las calles a estrella del cine y del <i>basket</i>	99
Fantasma y sus hermanos, perros lobos y megabytes lobunos	102

Terry y Toto, por el camino de baldosas amarillas hasta llegar a la alfombra roja	105
Butkus, entre las cuerdas del <i>ring</i> y de la vida	108
Rin Tin Tin, guerra y miseria o estrella del cine	110
<i>Bajo cero, Antártida</i> , dura realidad e intento de reparación	112
5. DE CORAZÓN	121
Barry, buscando vidas bajo la nieve	126
Balto y sus compañeros, misericordia, injusticia y sobreexplotación	131
Frida, la esperanza tras la catástrofe	135
Kie, calor perruno	137
Turco y Cristina, más allá del amor	139
Salty. No te dejaré a tu suerte, Omar	142
6. EN EL DÍA A DÍA	145
Arranca que nos vamos	146
¿Quién es?	148
¿Qué se debe?	151
Una copa de vino y un baño relajante	153
No es perro todo lo que peludea	155
Nadar y guardar la ropa	156
Breves, pero intensas perrerías	165
Malas pulgas	170
7. REDES CANINAS	173
Beast, el enchufado	174
Herry y Andrés, a cual más guapo	175

Baloo, <i>instagramer</i> por su cuenta	177
Pippa, una empresaria de raza	177
Tuna, de vagabunda a icono del rescatismo perruno ...	178
Marnie, con la cabeza ladeada, ¡pero bien alta!	180
GRACIAS A LAS REDES, GRACIAS A LAS PERSONAS	183
AGRADECIMIENTOS	187

1

EL PERRO EN LA MITOLOGÍA, ENTRE LA CRUELDAD Y EL MIEDO

Los lectores que estén en este momento leyendo las primeras páginas de este libro, a buen seguro que son amantes de los animales en general y de los perros en particular.

En este primer capítulo no nos vamos a encontrar precisamente un relato tierno de nuestros ancestros humanos hacia los antepasados de los amigos de cuatro patas actuales. Sin embargo, como entusiasta de los animales, como apasionado del mundo canino, pero sobre todo como escritor, me veo en la obligación de hacer un ejercicio de justicia con este trabajo e intentar poner cada cosa y a cada uno en su sitio. Aclaro también que las siguientes líneas no son una especie de reprimenda hacia el pasado mitológico, folclórico ni religioso de ningún país ni de ningún personaje histórico, sino que pondré ante los ojos del lector la realidad del pasado con un espíritu crítico hacia mi propia especie, la humana, y hacia mi gran grupo, la humanidad.

El perro, al ser utilizado como animal mitológico, simbolizó por un lado una fiereza exagerada necesaria para proferir el consecuente miedo a los «feligreses», llegando en ocasiones a adoptar formas sobrenaturales y monstruosas por parte de un animal que, a lo largo de los siglos, ha aspirado a poco más que a ser el mejor amigo del hombre, que no es poco.

Debemos tener en cuenta que si hoy día es difícil determinar si el ser humano en general está más o menos civilizado, domesticado, humanizado, y si tiene un mínimo de sentido de la ética a través del que pudiéramos decir: sí, este ser humano es el correcto, el que protege a su propio planeta, el que respeta a las demás especies y cuida de sus semejantes y diferentes como de sí mismo, más complejo y doloroso es determinar esto si analizamos a la humanidad en los albores de las distintas civilizaciones que se han ido desarrollando en el mundo.

Con esto no pretendo justificar ningún comportamiento, pero sí ser honesto contigo y conmigo mismo. Mi obligación como amante de los animales en general y como apasionado del mundo canino en concreto, es mostrarme crítico con cualquier comportamiento adverso que los seres de dos patas hayan tenido hacia nuestros amigos peludos a lo largo de la historia, fuesen cuales fuesen los motivos y las circunstancias. Pero como escritor, y si se me permite como historiador, he de decir que al igual que otras especies, la nuestra vive en un continuo estado evolutivo y, por tanto, en los tiempos prehistóricos, protohistóricos y aún en la Antigüedad, a la práctica totalidad de las civilizaciones surgidas en nuestro planeta, la humanidad en términos generales pasó por periodos muy oscuros en cuanto a la

relación con el perro, aunque ya por entonces este era en bastantes ámbitos un animal considerado doméstico. Pero esto no fue fácil, inmediato y ni mucho menos concluyente. La cuestión ha ido evolucionando lentamente, milenio a milenio, siglo a siglo, año tras año y aun así el camino que queda por recorrer es largo y pedregoso.

Hoy, que cualquier persona tiene acceso a las ideas humanistas, a las ciencias sociales, a la filosofía, al estudio y al aprendizaje de una conducta ética, ni tolero ni justifico la más mínima vejación hacia los animales, bien se haga de modo directo hacia ellos o a través de representaciones pseudomitológicas. Es decir, que si la humanidad actual no tiene mejor relación con otras especies —y en concreto con aquellas como la del perro que ha domesticado él mismo— es porque no quiere, pues dispone de todas las herramientas y conocimientos para hacerlo. Lejos, muy lejos debería quedar ya ese comportamiento asalvajado que el hombre pudiera tener hace miles de años con su amigo peludo. Dicho esto, conozcamos ahora el papel que con sus claroscuros el perro ha tenido en determinadas culturas folclóricas, mitológicas y religiosas en la Antigüedad.

MITOLOGÍA GRIEGA, GUARDIANES Y ESTRELLAS

El cancerbero, o perro guardián del inframundo de la mitología griega, era un animal representado con tres cabezas y una cola en forma de serpiente. Es decir, este tenía la morfología idónea para que a cualquier ser perteneciente al lugar se le quitaran las ganas de salir de allí. La otra misión de este ser

mitológico era no dejar pasar a los humanos limpios de alma a lo que venía a ser el infierno griego.

No fueron estos los únicos que dentro del imaginario mitológico pusieron un perro guardián a vigilar el tránsito de entrada y salida del inframundo; el cancerbero tenía sus equivalentes en las culturas indoeuropeas y en la escandinava, como el denominado Garm, el cual era representado en el imaginario mitológico frente al dios Odín con el pecho ensangrentado, algo poco extraño teniendo en cuenta la pasión por la sangre que tenía el que más tarde sería denominado como pueblo vikingo.

En la mitología griega la imagen atribuida a los perros no fue siempre terrorífica y monstruosa con el fin de espantar a los mortales, de proteger lugares o de salvar a estos de la tentación de entrar donde no debían hacerlo. También hubo numerosos canes con facultades mágicas y extraordinarias, fieles y solícitos a todo aquello que su dueño, compañero o amigo de dos patas necesitaba. Un ejemplo claro fue Lélape, el perro de Zeus, quien al parecer tenía la facultad de atrapar, cobrar o cazar todo aquello que se le pedía.

Cuando el dios griego secuestró a la musa Europa, que se encontraba jugando con unas amigas en la playa, lo hizo presentándose ante ella en forma de toro —todo muy romántico— para llevársela a la isla de Creta y convertirla en su amante. Tras llegar, el dios, con el fin de que cuidase de la musa, le regaló a Europa un hombre de bronce, que pese al frío material del que estaba compuesto, quizá tenía más sensibilidad que el bruto de Zeus. El segundo regalo fue una jabalina que poseía el magnífico don de poder lanzarse y acertar en el blanco siempre —vamos, lo que vendría a ser una especie de proyectil mitológico

con inteligencia artificial—; y el tercer regalo fue Lélape, de quien ya hemos dicho sus facultades.

El gigante mitológico Orión, cuya profesión era la de cazador, tenía un fiel amigo que le ayudaba en dicha tarea. Sirio, que era como se llamaba este can, fue inmortalizado para siempre en el momento que la estrella más brillante del firmamento adoptó su nombre. Desde el planeta Tierra la podemos observar en el primer semestre del año desde el hemisferio sur y a partir del segundo semestre desde el hemisferio norte.

A esta estrella probablemente le debamos uno de los dichos más populares que han llegado a nuestros días: «Hace un día de perros», que con el tiempo y la evolución del lenguaje y su utilización tanto se usa en los días de mucho frío o también en los excesivamente calurosos. Lo que es cierto y está constatado es que los egipcios se guiaban por la aparición de Sirio en el cielo cuando el Nilo experimentaba su crecida anual, coincidiendo con el mes más caluroso del año. Por tanto, decir que hace un día de perros teniendo en cuenta esta teoría no es para nada algo peyorativo hacia nuestros amigos de cuatro patas, sino todo lo contrario, está directamente relacionado con la mitología griega, la historia egipcia, las estrellas y el Nilo, ya que a estos días se les llamaba caniculares —días canis— o días perro.

El conocido personaje mitológico Atlas, que portaba el mundo sobre los hombros, tuvo, además, un fiel amigo canino llamado Ortro. Este tenía dos cabezas, era hermano del mencionado Cerbero, hijo del temido Tifón —un monstruo que poseía la fuerza de cien bueyes— y de Equidna, una mujer de rostro hermoso y cuerpo de serpiente, toda una joya de familia, vamos.

A estas alturas ya podemos deducir que los griegos antiguos otorgaban según les interesaba un aspecto horrendo a aquellos canes destinados a amedrentar al personal y por otro lado, si no un aspecto demasiado dulce, sí al menos una fama de pragmática funcionalidad.

El titán Atlas al parecer ya tenía bastante trabajo con tener que sujetar el mundo con sus hombros y en un momento concreto de su vida determinó que no le quedaban demasiadas energías para pasear, jugar y mucho menos atender como es debido a su amigo de cuatro patas, e hizo lo que desgraciadamente se hacía y se sigue haciendo más allá de la mitología: lo regaló. Su nuevo dueño, Gerión, no tardó en darle trabajo a Ortro y lo mandó a custodiar junto al humano Euritión una serie de cabezas de ganado, sus bueyes rojos de la isla de Eritia.

El archiconocido Hércules tenía encargado como el décimo de sus trabajos mitológicos robar este ganado y, para poder llevarlo a cabo, acampó en un monte cercano. Ortro, nada más ventear el aire, pudo oler al ladrón localizándole con más precisión que cualquier sistema de alarma contemporáneo. El perro persiguió a Hércules, pero este le mató con su clava. Su compañero de trabajo —el pastor humano Euritión— llegó para socorrerle, pero desgraciadamente este corrió igual suerte. Hércules le asesinó con la misma arma blanca.

La imagen de lealtad de los canes a sus amigos de dos patas fue llevada hasta el último extremo en la mitología griega de forma más que trágica a la par que hermosa en el caso de Erígone, quien había perdido a su padre Icario. Esta se sirvió de Mera, su amiga perruna, para encontrar a su progenitor. Por desgracia las facultades olfativas de Mera sirvieron para ratifi-

car lo que Erígone ya se temía: que Icarío había sido asesinado. Mera encontró la tumba del padre de su dueña. Después se supo que a este le habían matado unos pastores mientras rendía culto al dios Dionisos. Erígone se ahorcó al enterarse de la desgracia y la perrita Mera no pudo soportar el dolor de haber perdido a Icarío y a Erígone, y decidió finalmente terminar con su vida tirándose por un barranco.

El dios Dionisos, consternado por la concatenación de los acontecimientos sucedidos tras haber estado adorándole el bueno de Icarío, convirtió a los tres en estrellas con el fin de inmortalizarles en el firmamento. Aquí tenemos un clarísimo ejemplo donde la figura del perro encarnado en Mera representa, además de la consabida fidelidad canina, la importancia que esta especie tenía ya en la antigua cultura griega, pues el alcance del drama toca a todos por igual, a los dos humanos y a la entrañable Mera. Además, una vez que el dios Dionisos decide inmortalizarlos, no hace diferencia alguna con los tres seres mortales.

Se ha hablado mucho del mito de Penélope y Ulises, sobre la espera insufrible de la mujer durante veinte años a que el hombre regresara de la guerra. El mito ha inspirado a lo largo de los siglos poemas —*Odisea*— e incluso canciones más contemporáneas que han utilizado este hecho haciendo historias paralelas sobre la original, como hizo Joan Manuel Serrat con su *Penélope*, que esperaba en la estación de tren de modo incondicional e indefinido la vuelta de su amado. Telémaco, hijo de Ulises, también estuvo los mismos años esperando a que su padre regresara de una guerra que tardó diez en finalizar, a los cuales se sumaron otros diez años de retorno.

El palacio estaba más que revolucionado. Todo el mundo acudía a hacerse dueño de las posesiones de la familia, algunos se erigían ya casi en reyes y querían desposar a la presentida viuda Penélope para reemplazar a Ulises, rey de Ítaca, haciendo honor al dicho popular de «rey muerto, rey puesto». Aunque en aquellas no existían todavía las nuevas tecnologías, ni tan siquiera un simple teléfono por cable, el afán de extender rumores y cotilleos por parte de los humanos, era más que suficiente para que en poco tiempo una noticia atravesase medio mundo.

Ulises, antes de entrar en Ítaca, sabía de sobra todo lo que allí se estaba cocinando y de cómo los humanos-buitres se estaban arrojando ya con intención de devorar su cadáver, que por otro lado era una quimera. El rey héroe llegó a Ítaca disfrazado de mendigo harapiento para esconderse de sus enemigos internos, antiguos amigos y aliados, que en su ausencia se habían convertido en rivales. Nadie le pudo reconocer, ni la buena de Penélope ni su hijo Telémaco cuando lo vieron, pero quien sí que fue capaz de hacerlo no fue otro que su fiel amigo de cuatro patas, Argos. Este había penado durante los veinte años de ausencia tanto o más que cualquier miembro de la familia. Al reconocer a su amo, Argos, que era ya muy anciano, se acercó con mucho esfuerzo a Ulises moviendo la colita para solicitarle afecto como solo los perros saben hacerlo. Ulises, que temía ser descubierto, no correspondió a las muestras de amor de Argos, a las ganas de ver a su compañero de dos patas acumuladas durante veinte años de espera fiel y resignadamente. El humano se limitó a disimular y a mirar hacia otro lado, pero una lágrima de emoción y tristeza corrió por su rostro. Argos no tardaría en morir dada su vejez y tras sufrir la herida irreparable del des-

precio pasivo, pero desprecio al fin y al cabo, de su esperado amigo Ulises.

Debemos hacer aquí un ejercicio de justicia histórica, ya que tanto Penélope como Telémaco y el mismo héroe Ulises saltaron a la fama universal desde hace ya más de diez siglos, mientras que Argos siempre ha quedado en un segundo plano. Pues bien, aun comprendiendo el drama humano-familiar en cuestión, yo me solidarizo ante todo y ante todos con el fiel, incondicional y maravilloso ser de cuatro patas que fue Argos. La esposa de Ulises y su hijo al menos pudieron expresar su desesperación, aunque tuvieran que pelear duro porque aquellos humanos avariciosos no esquilmaran el legado del no aparecido Ulises ni despojaron a su familia de sus posesiones materiales; sin duda, fue una espera triste, angustiada y dura, pero Argos, que era un ser exento de las responsabilidades civiles que los humanos tenían, sufrió la ausencia de su amigo de otro modo, pero para nada, por el hecho de ser diferente el sufrimiento, significa que este fuera menor. Él cada día recordaba a su amo —aunque la memoria de los perros quizá no sea, desde el punto de vista funcional, lo suficientemente larga para alcanzar una etapa de veinte años—, día tras día a través de las emociones de su entorno humano, él absorbía la pena de la ausencia y esto para bien o para mal, le ayudaba a tener fresco su recuerdo.

Quizá Argos murió con la tranquilidad de que Ulises estaba bien o tal vez falleció porque ya biológicamente le tocaba, pero lo que es seguro es que pese a no poder haber sido correspondido, se fue de este mundo sin rencor. Los canes no tienen por suerte este tipo de sentimientos, y, a pesar de Argos no entendiera el motivo por el que su amigo de dos patas no mostrara la

alegría del encuentro, él comprendió que esto debía ser así y punto, poco importaba la causa, para Argos esta no podía estar por encima de la fidelidad que él y todos los canes nos ofrecen de modo innato y desinteresado. Sabía a través de su inteligencia instintiva que esto tenía que ser así por el bien de Ulises y quizá por el de ambos.

La importancia que la cultura griega le dio al perro es indiscutible. Los canes no solo fueron inmortalizados en la mitología como fieles amigos, ayudantes de caza o como seres terribles que le hacían perder a uno las ganas de pisar donde no debía, como, por ejemplo, en el infierno, sino que dejaron para siempre el recuerdo de Mera, Lélape o Sirio de forma eterna en las estrellas. Todos ellos tienen una constelación dedicada ex profeso a su vida y obras, la Canis Mayor. Catasterizar significa más que darle el nombre de un ser mitológico a una estrella, convertirlo para siempre en ella. Así cada vez que miremos al cielo veremos a Sirio, la estrella más brillante junto al resto de cánidos que los dioses quisieron convertir en astros inmortales. A mí me gusta pensar, además, que todos los perros del mundo tienen su estrella propia, hayan querido los dioses griegos o no. Todas las almas inocentes de cuatro patas cuando dejen este mundo brillarán eternamente en el firmamento, y sin ataduras ni collares nos contemplarán libres desde lo más alto.

PERRO DE COLOR NEGRO, LEYENDA NEGRA

En múltiples culturas y en sus mitologías aparece el perro negro como símbolo de algo, ya sea para bien o para mal, aun-

que por desgracia abunda más lo segundo. En algunas de estas apariciones ni tan siquiera me atrevería a tildar a estos seres de mitológicos, pues más bien pertenecen a deformadas creencias populares fundamentadas en viejas supercherías.

En el siglo VIII existió un guerrero vikingo al que llamaban Olaf el Valiente que se acompañaba de un gigantesco y terrible —según cuentan— perro negro, el cual se perdió en una batalla, probablemente, contra los cristianos, y desde entonces vaga por el mundo apareciéndose a los humanos.

Su tamaño es gigantesco, casi como el de un caballo; su aspecto, terrible. Algunos decían que sus ojos eran llameantes, otros que cada ojo lo tenía de un color y algunos otros que estaban inyectados en sangre o incluso los había que decían que este tenía un solo ojo.

En algunas zonas de Inglaterra a este «espectro del mal» se le denomina Black Shuck. Esta leyenda se quedó para siempre en Inglaterra gracias a los diversos «intercambios culturales» de la época entre vikingos y cristianos a base de mandobles, rebanamientos de pescuezo por parte de las espadas de ambos bandos o diseccionamientos por hacha enemiga. Incluso la superchería, por absurda que nos parezca, tiene su explicación sociológica: los incursores del norte eran vistos en la cristiandad como verdaderos demonios y sus perros no iban a ser menos.

En Inglaterra no fue en el único lugar donde la leyenda del perro fantasma negro surgió. Como veremos unas líneas más abajo, este conformaba el cincuenta por ciento de una criatura dual denominada Cadejo, perteneciente a las culturas ancestrales de Centroamérica. La necesidad canina de escarbar el suelo buscando alimento, o para disfrutar de la tierra fresca e incluso

para esconder objetos y comida se pudo interpretar en la Antigüedad como una búsqueda por parte del perro del inframundo, es decir, del infierno.

Black Shuck o cualquiera de los perros negros fantasmas pudieron ser la base inspiratoria para que Arthur Conan Doyle escribiera la tercera entrega de sus novelas del detective Sherlock Holmes, *El perro de los Baskerville*, pero esta vez la leyenda del fantasmagórico perro estaba sobrealimentada por un hecho que sucedió en Buckfastleigh a principios del siglo XVII.

Allí vivió Richard Cabell, un lugareño poco querido por sus vecinos, amante de la caza, de costumbres un tanto retorcidas, violento y cómo no, se hacía acompañar de un perro color negro. Tras la muerte de Cabell se decía en el pueblo que, en el aniversario del fallecimiento, un espectro en forma de gigantesco can de color negro se aparecía en la tumba, aullando y ladrando de forma violenta, con lo que asustaba a cualquiera que pasara por el cementerio ya bien entrada la noche, cuestión que por otro lado no es de extrañar.

No obstante, todo lo anterior y sabiendo de la brutalidad física e intelectual de nuestros ancestros, es injusto que se etiquete de esta manera a un ser por haber nacido miembro de una especie determinada y de un color concreto. Además, a nada que profundicemos en las historias, en la mitología y en la leyenda nos daremos cuenta de que todos los males, violencia, mal carácter, mala conducta, psicopatía, etc., que pudiera tener un humano acompañado de un perro negro, enseguida se los atribuían a este.

Precisamente en estos momentos en los que escribo estas líneas tengo a mis pies a un enorme perro negro, cruce de

braco de Weimar con pastor mallorquín, noble como él solo, miedoso, cariñoso, juguetón, respetuoso y tranquilo; se llama Black y es el perro de mi hermana. Ya te hablé de él en mi libro *La vida con un perro es más feliz*. A buen seguro que nuestros amigos de cuatro patas no tienen fantasías fatales con humanos gigantes y terribles que vocean como demonios, que enseñan sus armas y sus dientes de modo amenazante. Te lo aseguro, querido lector, que una vez más... ¡lección canina al canto!

AMÉRICA. GUARDIANES DE LOS CAMINOS BENDITOS O MALDITOS

A lo largo de su historia el ser humano no ha cesado de buscar razones espirituales que le dieran sentido a su existencia y que estas pudieran servirle de guía en su caminar por la vida. Como hemos dicho, en la cultura centroamericana, sobre todo en sus zonas más rurales, todavía se habla de una criatura mitológica procedente de otro mundo denominada el Cadejo. En verdad son dos perros, uno de color blanco y el otro negro. La leyenda cuenta que ambos nos acompañan siempre que vayamos caminando por la noche, bien sea por caminos o ciudades. El blanco representaría el bien, la parte pura del universo; y el negro, el mal. Esto puede tener alguna similitud con el yin y el yang, formando cierto equilibrio y viniéndonos a decir que ambas cosas son necesarias para mantener un estado de lucha y de alerta continua que dé sentido a la vida, pero en el caso del Cadejo el espíritu de la moraleja quizá sea más introspectivo.

Es decir, que el Cadejo todos lo llevamos dentro o que tal vez nos acompaña de cerca.

En la primera afirmación significaría que todos tenemos una parte noble, el perro blanco, que nos hace ser bondadosos, que nos ayuda a caminar por el lado correcto de la vida y que, en definitiva, nos hace mejores. Luego está el perro negro, que sacaría lo peor de nosotros, la rabia, la envidia, el odio, etc. Y que lo suyo es que ambos estén en una lucha constante para hacernos, en una palabra, humanos.

También existe la posibilidad de que, aunque la tradición del Cadejo proceda de culturas más ancestrales y autóctonas de la zona, como puede ser la maya, el mito haya ido modificándose y mezclándose con determinada superchería cristiana tras la conquista. De hecho, el término «cadejo» es una palabra española que da nombre a la parte más enredada del pelo. El cadejo etimológicamente vendría a significar pelusa, maraña o nudo. Lo que nos lleva a pensar que esta criatura dual no tiene una forma demasiado precisa y, como dice la leyenda, es capaz de provocar el miedo y el respeto de los caminantes sin que estos lo lleguen a ver. También el mito recuerda, y probablemente no sea casual —dada la asimilación de la cultura europea por parte de los indígenas de Mesoamérica—, a la tradición cristiana de creer en un ángel de la guarda que nos acompaña en nuestro transitar por la existencia.

No obstante, por todo lo anterior, a partir de ahora yo me dejaré acompañar por el Cadejo sin que necesariamente el perro blanco y el negro signifiquen el bien y el mal. Más bien confiaré en ambos, pues cada uno me dará un punto de vista distinto sobre las cosas y así podré caminar por la noche o por

el día bien escoltado y este me ayudará a decidir cuál es el sendero correcto.

INDIA. LOS AMIGOS DE LOS DIOS

En las distintas mitologías orientales el perro también ocupa un lugar muy importante. En la védica, antes del hinduismo, en la India, Saramá tenía el privilegio de ser la amiga de cuatro patas del dios Indra, que no era otra cosa que el dios de todos los dioses según el *Rig Veda*, un texto que a mediados del siglo II a. C. le otorgaba a este unos cuantos cargos como son: dios de la guerra, de la atmosfera, del cielo, del rayo y de la tormenta. Posteriormente, en el hinduismo, se le siguió dando el lugar más privilegiado dentro de las deidades, el rey de dioses.

Saramá tenía a sus pequeños cachorros, los sarameias, también muy bien situados socialmente hablando, pues estos dos canes que tenían cuatro ojos cada uno eran los fieles compañeros de Iama que, aunque su cargo según el texto sagrado del *Rig Veda* no era demasiado glamuroso, dado que se trataba del dios de los muertos, no estaba mal.

Saramá significa «la rápida». El nombre es más que descriptivo respecto de sus habilidades, pero al parecer la rapidez y el buen ojo a la hora de colocar a sus hijos como acompañantes de otros dioses no eran sus únicas facultades. Otros textos hinduistas, el *Majabhárata* y el *Parascara-Griija-Sutra* afirman que Saramá llegó a componer uno de los versos del *Rig Veda*, concretamente el 10108. Esto nos da un dato muy importante en cuanto a la posición que el perro ya tenía en la mitología,

pero, además, hemos de tener en cuenta que dicha preponderancia era equivalente en la religión y que al dotarles a los cánidos de todo tipo de habilidades imposibles se les estaba dando rango de divinidad.

El *Rig Veda* cuenta también que Saramá recuperó unas vacas que al parecer habían robado los panis, con lo cual era una especie de deidad mágica, una madre excelente y, además, una heroína.

Si en la India prehinduista y milenaria hubiesen existido las redes sociales, no quiero ni pensar hasta dónde hubiera podido llegar esta perra maravillosa de tener por entonces un canal de YouTube propio. Si hoy día vemos perros que saben cantar y bailar a través de vídeos que se hacen virales en todo el mundo, Saramá fue incluso capaz hasta de componer versos sagrados. Hubiera dejado en mantillas a su propio dueño y eso que este era el rey de todos los dioses; ella sí que fue y será toda una reina y una gran diosa. ¡Larga vida a Saramá!

TAILANDIA. LOS ABANDONADOS Y LOS TEMIDOS

Una historia curiosa al igual que significativa es la de los llamados ukopi o uko thepo.

Cuenta el folclore y la mitología tailandesa que los ukopi fueron criaturas metamórficas que antaño habían sido perros abandonados, con lo cual estaríamos introduciendo aquí un concepto, el del abandono animal, concretamente el canino, que al parecer es más antiguo de lo que en un principio se podría pensar.

La leyenda dice que si un humano se tropezaba con un ukopi, a la siguiente noche debía poner en el lugar del encuentro un recipiente con comida para esta criatura, de no hacerlo se estaría condenando a sufrir malos augurios. Lo curioso es que estamos hablando de seres mitológicos y que, por tanto, en teoría, no existen, con lo que se supone que dichos encuentros más bien estarían intrínsecamente relacionados con una profunda sugestión supersticiosa o quizá, quién sabe, todo viniera provocado por un estado de embriaguez del sujeto al cual se le podría haber aparecido perfectamente en tal situación un ukopi o la mismísima Blancanieves, en el caso de que en la antigua Tailandia hubieran sabido de su existencia.

Es curiosa también la forma de reaccionar ante una situación así del ser humano del lugar y de la época. Resulta que partimos de la base de que un perro, un ukopi, ha sido cruelmente abandonado y que, metamorfoseado, vaga por ahí cual alma perdida; y para colmo, cuando se cruza con un humano, el problema se centra en que a este —el ukopi— le puede dar mala suerte, cosa que podemos atribuir a una superchería lógica del momento, pero resulta injustificable que el único modo de resarcirse con ese sentimiento de culpa ajena sea dejar un recipiente con alimento a una criatura inexistente en vez de quitarse la espinita alimentando a los perros callejeros de carne, hueso y pelo que, a buen seguro, vagaban por los pueblos y ciudades de la Tailandia de ese tiempo.

Hoy día en Tailandia, al igual que en el resto del mundo, la conciencia contra el abandono animal va creciendo, aunque por desgracia, como también ocurre en todos los países, hay

veces que aún el balance es negativo y según crece esta conciencia aumenta el número de personas que abandonan, pero quizá debamos agradecer a los ukopi que fueran ellos quienes comenzaran su característica lucha, a pesar de que fuese de este modo tan suigéneris.

CHINA. DEL ZODIACO A LOS HOGARES

La China ancestral y, para qué negarlo, en cierto modo también la China actual, tiene una relación con el perro bastante peculiar, pero como el cometido de este capítulo es hacer una aproximación a lo que el can ha supuesto en las creencias mitológicas y folclóricas en determinados países del mundo, diremos que el perro en China ocupa un lugar privilegiado en cuanto a la utilización de este como símbolo y como criatura mágica. Hasta aquí todo en orden, la cuestión se nos desbarata en el momento en que somos conscientes de que el perro formó parte —y aún lo hace en determinadas regiones— de la dieta humana.

La mitología china nos enseña que los perros por lo general eran criaturas mágicas que acompañaban a los héroes míticos, y que fue precisamente uno también el que trajo a China por primera vez el grano que sirviera para desarrollar la agricultura posterior. Esto es atribuirle mucho al perro, ya que en este país el arroz durante siglos se ha convertido en un verdadero milagro, en la salvación alimentaria de millones de personas en épocas de hambruna provocadas por la guerra, por las convulsiones políticas o por los desastres naturales.

Además, el perro es una de las doce criaturas que conforman el Zodiaco y precisamente el año del perro es uno de los más celebrados, tanto en Oriente como en Occidente por los simpatizantes y seguidores del horóscopo chino.

Tampoco en las creencias ancestrales chinas el perro se libra ni muchísimo menos de que el ser humano lo utilice de modo egoísta, inmoral e irresponsable para esconder sus propias miserias y justificar sus desgracias de toda índole. Así, en algunas regiones se culpaba a los perros guardianes del paraíso de comerse el sol y de este modo provocar los eclipses que perjudicaban la vida diaria de los hombres. Menos mal que los acusados —los perros del paraíso— eran canes imaginados y que los métodos que los humanos chinos utilizaban para ahuyentarlos y disuadirlos de las ganas de comerse el sol, que buena lengua de amianto tendrían los pobres canes, no eran al menos letales. Les espantaban haciendo sonar tambores y gongs.

A ojos de los occidentales la relación de los humanos en China con los perros supera todos los límites de la excentricidad en el momento en el que somos conscientes de que dicho ser, que en nuestras latitudes hace siglos que es considerado como uno más de la familia, en algunas regiones de China ha sido y sigue siendo un animal de consumo gastronómico. Sin embargo, visto desde la mirada de aquellas regiones, esto no es mucho más escandaloso que lo que hacemos en Occidente con otras especies que malviven hacinadas, sobrealimentadas o infraalimentadas, estresadas y maltratadas en atroces condiciones en granjas destinadas a la cría para su posterior sacrificio. Esto es algo que caracteriza a nuestra especie: ver la paja en el ojo ajeno antes que la viga en el propio. Casi todos los seres huma-

nos tenemos nuestra buena dosis, yo el primero, de hipocresía a la hora de ordenar nuestros principios éticos y morales respecto del uso que hacemos de las demás especies animales que no son la nuestra.

Hoy se consumen en China unos diez millones de canes al año, pero dada la gigantesca demografía del país, esto no es una cifra demasiado alta, tan solo se comen perros como alimento en parte del sur y en zonas del noreste. En la mayoría del país son seres domésticos, queridos y cuidados por sus amigos humanos; de hecho, estos sufren en ocasiones la fatalidad de que sus amigos de cuatro patas sean robados, envenenados o sacrificados de cualquier manera para el mercado negro que genera el conocido festival anual de Yulin, donde se consumen cantidades ingentes de canes fuera de todo control sanitario, moral y ético.

Son muchas las asociaciones y colectivos internacionales y locales que hoy luchan por el final de esta barbarie. No tardará en llegar el día en el que el perro sea en todos los hogares del gigante asiático un miembro más de la familia rodeado de sus seres queridos de dos patas, y este resurgirá dejando atrás todo lo negativo del pasado, ocupando el lugar que le corresponde con esa magia que siempre ha caracterizado a los canes en la China milenaria.

JAPÓN. DE LA CRUELDAD AL LUJO

El viejo Japón también encierra en sus creencias ancestrales una relación con los perros digna de ser catalogada como bár-

bara, cruel y salvaje; lo contrario a lo que ocurre en el Japón actual.

Como casi todo en la vida hay que analizarlo intentando ponerse en la perspectiva del lugar y del momento. Resulta incomprendible de otro modo entender que el país milenario adorase y admirase a los perros hasta el punto de considerarlos dioses y que, por otro lado, sus creencias a la vez pudieran llegar a ser tan crueles.

Existía una idea arraigada de que los hombres podían llegar a generar con un perro una especie de espíritu divino que les pudiera ayudar a vengarse de sus enemigos. Esta atrocidad se llevaba a cabo asesinando un perro, enterrándolo con la cabeza fuera, poniéndole alimento al alcance de su vista y olfato, pero no de su boca, con el fin de que este muriese con el mayor de los sufrimientos, agonizando y sin poder acceder a la comida cuya falta le mataría de hambre. Otro modo de llevar a cabo esto era encerrando a varios perros juntos sin alimento hasta que unos se comieran a los otros, y cuando solo quedase el último superviviente, este sería elegido para ser el espíritu cómplice en la venganza de la que te hablaba más arriba. Curiosamente, a estos seres surgidos de tales torturas se les denominaba inugamis, lo que significa en japonés, perro-dios.

Tras haber pasado un sufrimiento atroz, poco les importaría a estos seres inocentes si se les daba trato de dioses. Como decía al principio del capítulo sin ánimo de justificar nada ni a nadie, pero sí con la intención de buscar por otro lado una explicación que nos resulte balsámica para digerir tanto dolor, pienso que estas acciones se debían a la ignorancia del ser hu-

mano más que a una mala fe intrínseca. En la Antigüedad las creencias mitológicas estaban tan arraigadas en la psicología colectiva de la gente que por muy disparatadas que estas fuesen, nuestros ancestros las llevaban a cabo muchas veces en nombre del bien supremo o de la justicia divina, aunque el acto en sí fuese una verdadera barbaridad.

En ambos métodos de generar inugamis a los perros se les cortaba la cabeza y esta les servía a los humanos de amuleto para liberarse de los malos augurios. Quizá por justificarse de tanta maldad sin motivo se decía que, aunque el sufrimiento era mucho, el perro después lo agradecería, pues era convertido en un espíritu inmortal para siempre.

Tanto en la mitología japonesa como en la literatura clásica, pese a lo que sucedía con los inugamis, al perro se le tenía por un animal querido, de buen trato con el hombre y, además, con cualidades mágicas. Incluso se decía que en la Antigüedad sabía hablar y que si dejó de hacerlo fue por humildad, para no igualarse con los humanos.

Por fortuna, los asesinatos mediante las torturas descritas antes fueron prohibidas en el periodo Heian, último tramo del Japón clásico a finales del siglo VIII, pero todavía hoy, en el sudeste del país, se cree en los remotos inugamis y se les teme por ser estos, según la leyenda, ya no solo la voz vengativa de su amo, sino por ser seres con autonomía propia.

En Shikoku, cuando se celebra una boda, se investiga la genealogía del cónyuge por si este hubiera sido un creador de inugamis y, por tanto, pudiesen acompañarle todavía estos seres perrunos con cualidades mágicas que pudieran complicar y mucho el matrimonio.

Hoy probablemente Japón sea el país del mundo donde el perro esté para bien o para mal más domesticado, llegando incluso a existir hoteles de lujo para ellos, spas, pasarelas de moda de grandes marcas que hacen prendas exclusivas para que sean lucidas por canes cuyos dueños quieren que vayan a la última. Además, existen infinidad de servicios y productos que pueden parecer en ocasiones excesivos o excéntricos. No obstante, también nos podemos encontrar a numerosos colectivos que luchan por los derechos de los perros para que estos vivan como lo que son, animales instintivos domesticados no humanos, ni más ni menos.

EL BUDISMO, UNA RELIGIÓN A CUATRO PATAS

Como habrás podido observar y a buen seguro sufrir, los canes, aunque siempre adorados, en las distintas mitologías también han sido a veces temidos y en otras ocasiones maltratados. Hasta aquí todo bien, dado que perro imaginario, perro que no sufre; lo peor ha sido el sufrimiento —cuyo dolor a mí particularmente me llega a lo más profundo del alma pese a los miles de años que han pasado— cuando este se ha infligido a canes de verdad, pero como no quisiera que terminara este capítulo con un mal sabor de boca, finalizaremos hablando sobre unos perros cuyo trato mitológico fue y es en la actualidad privilegiado: hablo de los perros de Fu.

Estos también son conocidos como leones de Fu, ya que son animales mitológicos que cada uno los interpreta libremente, bien perteneciendo a una especie u a otra. Leones de Buda,

leones coreanos, leones chinos o shishi, son otras denominaciones usadas para estos animales.

A estos canes híbridos tan magníficos se les atribuye en el budismo una serie de papeles que denotan el respeto, la admiración, la confianza y el cariño que esta religión les tiene. Son considerados guardianes de la ley, protegen los templos sagrados y los hogares. En la cultura *feng shui* simbolizan la defensa del débil, por eso las estatuas en las que se les representa suelen estar ubicadas a la entrada de las casas o de los lugares sagrados. Se les atribuye los dones de la energía, el valor y la justicia, de este modo protegen también el saber, complementando así los principios fundamentales del budismo.

A los perros de Fu o de Buda se les conoce también como perros celestiales o de la felicidad. Lo cual nos indica que no solo la religión budista tiene a estos seres mitológicos como guardianes valerosos de lo divino y lo humano, sino que, además, se les concede una connotación espiritual estupenda que a buen seguro servirá de apoyo moral para caminar por la vida a los humanos que procesen esta fe.